

I

EL COMANDANTE Amberson hizo su fortuna el año 1873, precisamente cuando otras gentes andaban perdiendo las suyas, y de entonces data el comienzo de la magnificencia de los Amberson. Es la magnificencia, como la importancia de un caudal, relativa siempre, y así lo descubriría el mismísimo Lorenzo el Magnífico si su espíritu visitara el Nueva York contemporáneo; fueron magníficos los Amberson para su época y para la ciudad en que vivían. Su esplendor subsistió durante todos los años que vieron a su ciudad del Midland* extenderse y tornarse sombría hasta llegar a ser una gran urbe, mas alcanzó su mayor brillo en aquella época en que todas las familias pudientes y con niños tenían un perro de Terranova.

* El centro de Estados Unidos. (*N. del T.*)

En aquella ciudad, y en aquellos tiempos, todas las mujeres que gastaban sedas y terciopelos conocían a todas las mujeres que gastaban sedas y terciopelos, y si alguna compraba un abrigo de piel de foca, hasta las inválidas eran llevadas a la ventana para que lo vieran pasar por la calle. En las tardes de invierno, briosos trotones corrían presurosos por National Avenue y Tennessee Street arrastrando trineos; caballos y conductores eran de todos conocidos; y también los conocían cuando llegado el verano eran los veloces y ligeros tálburis los que renovaban las competencias de las carreras del invierno. Todo el mundo conocía los coches familiares de los demás y podía identificarlos en la calle a media milla de distancia, habilidad en extremo útil para asegurarse de quién iba de compras, quién a una fiesta, o a casa desde la oficina o la tienda, ya fuera para el almuerzo, ya para la cena.

Durante los primeros tiempos de esta época predominaba la opinión de que la elegancia personal debía juzgarse más bien por la calidad de las telas usadas que por la forma de éstas. No era preciso reformar un vestido de seda al cabo de un año —poco más o menos— de estrenado, pues tal vestido seguiría siendo elegante mientras continuase siendo de seda. Los ancianos y los gobernadores vestían de fino paño negro, de más de veintinueve pulgadas de ancho: el traje de etiqueta era del mismo paño, con pantalones de otro más fino que parecía ante; y no había ningún hombre, fuera su edad la que fuera, que creyese que un sombrero pudiera ser otra cosa que un objeto rígido, alto y sedoso, que los deslenguados conocían con el irreverente nombre de «tubo de chimenea». Aquellos hombres no habrían aceptado ninguna otra clase de sombrero para la ciudad ni para el campo, y eran capaces

de remar en el río tocados con él sin experimentar vergüenza alguna.

Llegó un día en el que la última moda derrocó la aristocracia de la buena calidad. Modistas, zapateros, sombrereras y sastres se hicieron más astutos, lograron mayor autoridad, y hallaron medios de convertir en vieja la ropa nueva. Apareció el sombrero hongo, y se extendió su uso de manera prodigiosa. Un año su copa parecía un cubo; al siguiente se asemejaba más a una cuchara. Aún había en todas las casas un sacabotas, pero las botas altas fueron suplantadas por zapatos y botines, y la forma de los primeros iba mudándose de año en año, siendo ahora sus puntas cuadradas y luego afiladas como la proa de un balandro.

Los pantalones con raya planchada eran considerados algo ordinario, pues aquel doblez indicaba que la prenda había estado almacenada en un estante y, por tanto, que no fue cortada a la medida. Llamaban a estas prendas compradas hechas «bajamés», aludiendo al estante en que esperaron comprador. A principios de la década de 1880, cuando privaban a las mujeres flequillos y tontillos, apareció en sociedad un nuevo tipo de petimetre, que recibió el nombre de dandy*: vestía éste pantalones ceñidos a la pierna, zapatos de punta afilada como la de un puñal, hongo de cuchara, chaqueta recta llamada Chesterfield, de faldellines cortos y amplios, cuello cilíndrico y torturador de tres pulgadas, planchado y replanchado hasta que brillaba como un espejo, y lo rodeaba con una gran corbata de plastrón o con un lacito que no desdijera en la trenza de una muñeca. Cuando se vestía de etiqueta,

* *Dude* en el original. (*N. del T.*)

usaba un abrigo color cuero, tan desmedrado que los negros faldones del frac asomaban por debajo sus buenas cinco pulgadas; pero pasados un par de años se alargó este abrigo de una manera tan desmesurada que llegaba a los talones del elegante, y al mismo tiempo aquellos ceñidos pantalones fueron desechados para dar lugar a otros que, de puro amplios, parecían sacos. Pasó el tiempo, y no se volvió a saber del pisaverde, aunque la palabra que fue inventada para él permaneció en uso, generalmente con significación peyorativa.

Aquéllas fueron épocas de cabellos más abundantes que la nuestra. Las barbas adoptaban formas extrañas, según el antojo de quienes las llevaban, y no era extraordinario contemplar cosas en verdad inusitadas y sorprendentes. Los bigotes crecían sobre la boca como descuidadas guardamalletas; y fue posible para un señor senador de los Estados Unidos dejarse una sotabarba que más bien parecía un bigote desplazado, sin que ello se considerase lo bastante interesante para merecer de los periódicos una sola caricatura. Y esto último basta para demostrar que, pese a los pocos años transcurridos, aquellos tiempos eran bien distintos de los actuales.

Al principio de la gran época de los Amberson, la mayoría de las casas en aquella ciudad del Midland eran de agradable arquitectura. Carecían de estilo, pero también carecían de pretensiones, y todo lo que no es presuntuoso ya de por sí tiene suficiente estilo. Se alzaban bien separadas entre sí, sombreadas por árboles que aún quedaban de los que en otros tiempos formaron bosques; olmos, hayas y nogales, y aquí y allá una alta fila de sicomoros crecía y medraba donde se habían rellenado arenales y barrancas con tierra del monte. La casa de un re-

sidente notable daba a Military Square, a National Avenue o a Tennessee Street, y estaba edificada en ladrillo, con cimientos de piedra, o en madera con cimientos de ladrillo. Tenía, generalmente, un porche principal y un porche trasero (y algunas veces un porche lateral); tenía un hall delantero, y un hall lateral (y algunas veces un hall trasero); del hall delantero se pasaba a tres habitaciones: la salita, el cuarto de estar y la biblioteca, y esta última pieza podía justificar su nombre, pues aquellas gentes, por algún motivo sería, acostumbraban comprar libros. Por lo general, la familia *estaba* más a menudo en la biblioteca que en el cuarto de *estar*, y las visitas, cuando eran formales, eran llevadas a la salita, lugar este de pulimento e incomodidad extraordinarios. La tapicería estaba algo deslucida, pero las hostiles sillas y el sofá de la salita siempre parecían nuevos. Y, verdaderamente, por lo que se usaban bien pudieran haber durado mil años.

Las alcobas estaban arriba: el cuarto de los padres, el más espacioso; uno algo más reducido para uno o dos hijos varones; otro para una o dos hijas. Cada una de estas alcobas tenía una cama de matrimonio, un palanganero, un buró, un armario, una mesita, una mecedora y, algunas veces, un par de sillas ligeramente gastadas, pero en buen uso, y no parecía justificado el gasto de repararlas, ni discreto arrinconarlas por tan poca cosa en el desván. También había siempre un cuarto para huéspedes, en el cual se acostumbraba guardar la máquina de coser. Alrededor de 1870 comenzó a desarrollarse la opinión de que era necesario un cuarto de baño. Esto determinó que los arquitectos colocasen cuartos de baño en las casas nuevas; y las antiguas procuraron no quedarse atrás, y en el hueco así dejado se instalaba una tina, y junto al fogón

de la cocina un calentador de agua. Esa planta siempre viva de la flora americana, los tradicionales chistes acerca de los usos, costumbres y tardanzas de los fontaneros, fue plantada en la vida nacional por aquel entonces.

En la parte trasera de la casa, arriba, había una triste y angosta cámara llamada cuarto de la chica, y en la cuadra, junto al pajar, otra alcoba llamada cuarto del criado, sirviente admirable que para todo valía.

Casa y cuadra costaban de siete a ocho mil dólares, y la gente que podía invertir cantidades de esa importancia en tales comodidades era llamada «los ricos». Pagaban éstos a la habitante del cuarto de la chica dos dólares a la semana; ya adelantada la época de que hablamos, dos dólares y medio, y muy a finales, tres dólares. Era la chica, por lo común, irlandesa o alemana, o quizá escandinava, pero jamás nativa, como no fuese negra. El criado, que vivía en la cuadra, gozaba de emolumentos semejantes, y aunque también él era a veces un emigrante recién llegado en la cala del barco, por lo general se trataba de un hombre de color.

Cuando salía el sol y era amable la mañana, los corrales de detrás de la cuadra presentaban un aspecto bien alegre: risas y voces llenaban el aire a todo lo largo de los polvorientos cobertizos, acompañadas de sonoros golpes dados con las almohazas contra las cercas y los muros de la cuadra, pues los negros gustaban de almohazar sus caballos en el patio. Éstos prefieren siempre chismorrear a voces mejor que cuchicheando, y opinan que una palabrota, para que satisfaga a quien la dice, ha de pronunciarse con voz recia y sonora, y que si no, más vale callar. Allí los niños aprendían frases abominables que luego repetían ante sus mayores pidiendo cumplida exégesis de su

contenido, con frecuencia en momentos muy inoportunos. Los niños de menos desarrollada curiosidad se limitaban a repetir las frases en ocasiones de apuro o agobio, lo que atraía sobre sus cabezas tales consecuencias que solían recordarlas hasta muy entrados en años.

Ya han desaparecido aquellos criados negros de la ciudad del Midland; y también aquellos caballos a quienes ellos almohazaban y bruzaban y daban sonoras palmadas y maldecían cariñosamente. Aquellos buenos caballos de entonces, ¡ay!, ya no azotan el aire con las colas para espantarse las moscas. Pese a parecer entonces que jamás faltarían, son como los búfalos, o aquellas mantas de piel de búfalo que solían escurrirse del regazo de los cocheros descuidados y quedaban colgando despreocupadamente a cierta distancia del suelo. Las cuadras han sido transformadas en cosas distintas, o derribadas, como aquellos cobertizos donde se almacenaba la leña y las astillas, motivo de sempiternas discusiones entre la chica y el criado. Caballos y cuadras, y cobertizos y criados de aquella índole, han desaparecido. Han desaparecido casi repentinamente, y, sin embargo, de tan callada manera que aquellos a quienes solían servir no se han dado cuenta verdaderamente de su desaparición.

Y lo mismo puede decirse de otras cosas. Aquellos modestos tranvías de sangre que rodaban por una vía larga y sencilla, avanzando precariamente por la calle adoquinada. En la parte trasera no tenían plataforma, sino un escalón en el que se arracimaban pasajeros mojados cuando el tiempo era inclemente y estaba lleno el interior. Los viajeros, cuando no se distraían, metían las monedas equivalentes al precio de su viaje por una ranura; no paseaba cobrador alguno por el interior del vacilante vehículo,

sino que cuando advertía el conductor que las monedas del cajón no igualaban en número a la cantidad de pasajeros, daba unos sonoros golpes recordatorios en el cristal de la puerta contigua a la pequeña plataforma descubierta que él ocupaba. Una mula solitaria tiraba del tranvía, y a veces lo descarrilaba; entonces bajaban del torpe carro-mato sus pasajeros y ayudaban a volverlo a encarrilar. Realmente, era justo que tuvieran deferencias de esta naturaleza para con él, pues el tranvía era un vehículo amable y poco exigente. Así, una señora podía silbarle desde la ventana del piso segundo de su casa, y bastaba esto para que el tranvía aguardase mientras la dama cerraba la ventana, se ponía sombrero y abrigo, bajaba las escaleras, encontraba el paraguas, le decía a la chica lo que había de preparar para la cena y salía de la casa.

Los pasajeros que viajaban en el tranvía no hacían objeción alguna a esta galantería del vehículo; esperaban para ellos igual gentileza cuando llegara la ocasión. Cuando el tiempo era bueno, la mula caminaba una milla en algo menos de veinte minutos, a no ser que fueran las paradas especialmente largas; mas cuando apareció el tranvía eléctrico, que recorría una milla en cinco minutos, y aun en menos, ya no pudo esperar a nadie. Ni sus pasajeros aguantaban tal cosa, pues cuanto más deprisa eran transportados menos tiempo libre parecía restarles. En tiempos, cuando aún no habían surgido esos mortíferos aparatos que les llevaran a velocidad desahogada año tras año de sus vidas apresuradas, cuando no tenían aún teléfonos —cuya ausencia era también antaño, en no escaso grado, responsable de que la gente dispusiera de más ocio—, entonces la gente tenía tiempo sobrado para todo; para pensar, para hablar, para leer y para esperar a una señora.

Tenían tiempo hasta para bailar el rigodón y los lanceros; también bailaban *racquette* y *schottisches* y polcas, además de algunas otras danzas caprichosas, como la *Portland Fancy*. Abrían las puertas de corredera que separaban el cuarto de estar de la salita, fijaban con puntas de tapicero sobre la alfombra un lienzo encerado, alquilaban unas cuantas palmeras en macetones verdes, colocaban dos o tres músicos italianos debajo de la escalera del hall delantero y... ¡qué admirables veladas pasaban!

Mostraban aquellas gentes especial animación el día de Año Nuevo, cuando celebraban fiestas como ya hoy no se conocen. Se reunían las mujeres para ayudar a la señora que recibía, y mientras tanto los hombres, cuidadosamente vestidos y perfumados, iban de casa en casa donde se recibía, en trineos o coches o montados en grandes caballos, dejando en cada casa al entrar fantásticas tarjetas de visita en caprichosas canastillas para ello dispuestas, y saliendo al cabo de un rato más libres de preocupaciones que nunca, si habían encontrado el ponche de su gusto. Siempre lo encontraban admirable, y según avanzaba la tarde veían los viandantes acentuarse los amplios ademanes de manos enfundadas en guantes color limón y los coches al pasar iban dejando una estela de canciones.

Era alegre aquella costumbre de abrir la casa, como solían decir, que también ya ha desaparecido, como las meriendas campestres, de todo un día de duración, y como otra costumbre hoy igualmente en desuso, la más bonita de cuantas se han extinguido: la serenata. Cuando visitaba la ciudad una muchacha simpática, no pasaba mucho tiempo sin que le dieran la serenata. Mas no ha de suponerse que las serenatas únicamente eran dedi-

cadadas a las bellas forasteras. En las noches de verano aparecían los mozos bajo la ventana de una muchacha agradecida acompañados de una orquesta —aunque a veces resultaba ser la ventana del padre de la festejada o de una tía de ésta, solterona y delicada de salud—, y al poco tiempo, la flauta, el violín, el violoncelo, la corneta y el contrabajo dejaban oír bajo las estrellas la música amable de tonadas como *Te acordarás de mí*, *Soñé vivir en un palacio de mármol*, *Hebras de plata entre las de oro*, *Kathleen Mavourneen* o *El adiós del soldado*.

También tenían otras músicas que ofrecer, pues corrían los tiempos felices de *Olivette* y *La mascota* y *Campanas de Normandía* y *Giroflé-Giroflá* y *Fra Diavolo* y aun otras mejores, pues eran asimismo los tiempos de *Pinafore* y *Los piratas de Penzance* y de *Paciencia*. Mucha de esta última era preciso tener en la ciudad del Midland y en otros lugares, pues el *movimiento estético* había llegado hasta allí de Londres y comenzaban a llevarse a cabo toda suerte de atrocidades con el honrado y sólido mobiliario. Las muchachas solteras mandaban aserrar en dos los grandes y sólidos muebles de entonces (pues parece ser que era incompatible su tamaño con dicho movimiento), y pintaban los resultados con purpurina. Quitaban los balancines a las mecedoras, y con purpurina pintaban las inadecuadas patas resultantes; con purpurina pintaban también los marcos de los retratos al lápiz de difuntos tíos; acuciadas por el engañoso movimiento artístico, vendían los venerables relojes y compraban otros nuevos y se deshacían de las flores y frutas de cera y de las bóvedas cristalinas que las protegían. Llenaban los floreros con plumas de pavo real, con espadañas, zumaques y girasoles, y luego los colocaban encima de las repisas de las chimeneas

o sobre mesas de mármol. Bordaban margaritas (a las que decían *marguerites*), girasoles, zumaques, espadañas, búhos y plumas de pavo real sobre biombos de felpilla y sobre vastos almohadones, los cuales distribuían después artísticamente por el suelo de las habitaciones. Y solía ocurrir que el dueño de la casa, andando a oscuras, tropezase con ellos y diese en tierra cuan largo era. Y pese a los francos y aun irreverentes comentarios del dolorido amo de la casa, continuaban las hijas bordando almohadones y desperdigándolos por las habitaciones. Bordaban margaritas, girasoles, zumaques, espadañas, búhos y plumas de pavo real sobre pañitos que luego se atrevían a colocar en los sofás de crin para adornarlos. También pintaban búhos y margaritas y zumaques y espadañas y plumas de pavo real sobre una especie de panderetas. Colgaban sombrillas chinas de las lámparas y clavaban en las paredes abanicos de papel. Estas muchachas estudiaban el arte de pintar sobre porcelana, cantaban las más modernas canciones de Tosti, practicaban algunas veces la antigua costumbre, muy acreditada entre la gente bien, de desmayarse. Cuando estaban más encantadoras era al ir de paseo, tres o cuatro juntas, en un faetón de carrocería de mimbre, alguna mañana de primavera.

La gente joven e inquieta jugaba al cróquet o se dedicaba a practicar la más discreta y apacible variedad del tiro con arco y flecha que el mundo ha conocido. La gente de cierta edad jugaba a los naipes. Había un teatro junto al hotel Amberson y cuando Edwin Booth venía a dar una representación a la ciudad acudían a él todos los que podían comprar una entrada, y no quedaba libre en la ciudad entera ni un coche de alquiler. El Bandido Negro también llenaba su teatro, pero entonces la audiencia

estaba formada casi exclusivamente por hombres que no parecían tener muy tranquila la conciencia cuando se dirigían a sus casas después de que cayera el telón sobre el cuadro final, de increíble atrevimiento, pues formaban parte de él una serie de muchachas turbadoras y maliciosamente vestidas de hadas. Pero, en general, el teatro no era buen negocio, porque aquellas gentes aún limitaban sus gastos con cuidadosa parsimonia.

Cuidaban de su peculio como hijos o nietos que eran de los primeros colonos que habían invadido aquella inculta y salvaje comarca, venidos del este y del sur en carromatos, con hachas y fusiles, pero sin dinero alguno. Aquellos colonos eran forzosamente cicateros, pues de no serlo habrían perecido. Tenían que almacenar vituallas para el invierno, o mercancías que cambiar por cosas de comer, y con gran frecuencia sufrían inauditos terrores pensando si les llegaría lo ahorrado para vivir hasta la primavera. Legaron a sus hijos y a sus nietos algo de ese terror elemental, y la idea del ahorro era para éstos tan sagrada que únicamente su religión les merecía mayor reverencia. Aprendían a ahorrar desde pequeños, y llegaban a considerar el ahorro un fin en sí mismo y no un medio para alcanzar alguna otra cosa. Por muy ricos que fueran, no les era posible gastar dinero en arte ni en lujo y diversiones sin que les pareciera haber cometido una especie de pecado.

Sobre fondo tan moderado y doméstico, la magnificencia de los Amberson tenía que resultar tan sobresaliente como una banda de música en un entierro. El comandante Amberson compró doscientos acres de tierra al final de National Avenue, y luego urbanizó aquella no despreciable superficie de terreno llenándola de calles

y bocacalles, amplias, pavimentadas con planchas de cedro y provistas de aceras enlosadas. En algunos cruces alzó fuentes, y a intervalos simétricos colocó estatuas de hierro fundido, pintadas de blanco, cuyos nombres aparecían claramente escritos sobre sus pedestales: Minerva, Mercurio, Hércules, Venus, Gladiador, Emperador Augusto, Muchacho Pescador, Corzo, Mastín, Galgo, Cervato, Antílope, Cierva Herida y León Herido. La mayor parte de los árboles del bosque fueron respetados, y visto desde alguna distancia, o a la luz de la luna, el lugar era verdaderamente de gran y singular belleza; pero aquel entusiasta ciudadano, que gustaba de observar el desarrollo de su ciudad y hallaba en ello un deleite insuperable, prefería contemplar su obra de cerca, y no de lejos, y en pleno día mejor que a la luz de la luna. No había visto Versalles, pero contemplando la fuente de Neptuno en el barrio de Amberson, bañada de sol, paladeó con gran gusto la comparación favorita de los periódicos de la localidad, que solían mencionar Versalles al hablar del nuevo barrio, y quedó convencido de que lo que él había creado era de mayor belleza.

La artística empresa fue pingüe negocio desde el principio, pues iban vendiéndose los solares a buen precio y se apoderó de la ciudad una fiebre por edificar en el flamante barrio. Su calle principal, continuación oblicua de National Avenue, se llamaba Amberson Boulevard, y allí donde la avenida se juntaba con el bulevar, el comandante Amberson se reservó para sí un solar de cuatro acres cumplidos y edificó en él su nueva casa, a la que llamó, naturalmente, Mansión Amberson.

Aquella casa era el orgullo de la ciudad. Tenía la fachada de piedra hasta las ventanas del comedor, y esta-

ba adornada con arcos y torretas y con numerosas terrazas. Fue la suya la primera *porte-cochère* que la ciudad conoció. Tenía un amplio vestíbulo del que arrancaba una gran escalera negra de nogal. El techo del vestíbulo lo formaba una gran claraboya de cristal verde, llamada «la cúpula», a una altura de tres pisos por encima del nivel del bajo. Un salón de baile ocupaba la mayor parte del tercer piso, y en él se veía una galería para los músicos de madera de nogal tallada muy primorosamente. Solían decir los ciudadanos a los forasteros que todo aquel nogal tallado había costado sesenta mil dólares.

—¡Sesenta mil dólares por la madera solamente! ¡Sí, señor! Y toda la casa tiene suelos de madera dura, y nada de pino, ni abeto, ni porquerías. ¿Alfombras? Todas turcas, menos una de Bruselas que hay en la salita de delante, que tengo entendido llaman la sala. Agua corriente, caliente y fría, en todos los pisos, y lavabos fijos en todas las alcobas de la casa. El aparador está empotrado en la pared y va de un extremo a otro del comedor. Y ése no es de nogal, sino fíjese bien, es de caoba, y nada de chapado, ¡no!, de caoba maciza. Vamos, que me parece a mí que no le importaría al presidente de los Estados Unidos cambiar la Casa Blanca por la Mansión Amberson; pero puede apostarse usted lo que quiera, sin temor a perder, que el comandante no aceptaría el cambio por nada de este mundo.

Más detalles aprendía el venido de fuera a la ciudad, pues jamás faltaba en el programa destinado a solazar a los forasteros lo que patrióticamente era llamado dar un vueltecita por la ciudad, aunque para ello fuera preciso alquilar un coche, y terminaba el paseíto, ya se sabía, enfrente de la Mansión Amberson, soberbio punto final de la excursión.

—Mire usted —continuaba el espontáneo guía— ese invernadero que han puesto al lado del patio. ¿Y la cuadra? Poca gente no la encontraría buena para vivir. Tiene agua corriente, y arriba cuatro habitaciones, una para un criado, y las otras tres para otro y su familia. Porque tienen un criado en la casa, mano sobre mano todo el día, y otro, casado, que atiende la cuadra, cuya mujer lava la ropa. Tienen jaulas individuales para cuatro caballos, un cupé y unos tálburis nuevos que no los ha visto usted jamás mejores, aunque para mí son algo altos de ruedas, pero ¡quién sabe! ¿Y arneses? ¡Cómo serán, que cuando salen los Amberson, la ciudad entera lo sabe, por el sonido de los cascabeles! La ciudad, créame usted, nunca ha visto tanto lujo como el de esta familia. Y mucho me temo que va a resultar cara la cosa, pues no faltará quien quiera imitarlos. La señora del comandante y su hija han estado en Europa; y me dice mi mujer que desde que volvieron de allí, todas las tardes, a eso de las cinco, hacen té y se lo toman. Yo diría que no puede ser eso bueno para el estómago, antes de cenar, y la verdad es que el té, como no sea para un dolor... Dice mi mujer también que los Amberson no alían la lechuga como es corriente. No la cortan y la mezclan con azúcar y vinagre, sino que echan aceite de oliva con el vinagre y la toman en un plato aparte. ¡Ah! ¡Y comen aceitunas! Son unas cosas verdes, como ciruelas duras, pero un amigo mío que las ha probado dice que saben como nueces amargas de nogal americano y que para acostumbrarse a ellas hay que comerse nueve. Yo, la verdad, no voy a comerme nueve nueces amargas para acostumbrarme a ellas, así que supongo que no me acostumbraré a las aceitunas. Además, a mí me parece que son golosinas de mujeres, pero ya

verá usted como ahora que los Amberson las han traído, más de una persona se zampa nueve de ellas para aprender a que le gusten. Y si no, al tiempo. Se las comerán aunque se pongan enfermos. Yo creo que hay gente en esta ciudad que si creyera que para ser tan elegantes como los Amberson hay que volverse locos, pues locos se volverían sin pensarlo dos veces. Aleck Minafer, que es uno de mis mejores amigos y hombre decente si los hay, vino a mi oficina el otro día y casi le dio un ataque contándome lo que le había pasado con su hija Fanny. Parece ser que Miss Isabel Amberson tiene no sé qué clase de perro, San Bernardo creo que lo llaman, y a Fanny se le metió en la cabeza que ella quería otro. Bueno, pues Aleck le dijo que no le gustaban gran cosa los perros, excepto los ratoneros, pues éstos es verdad que acaban con las ratas; pero la muchacha insistía, que quería uno de éstos, y por fin Aleck le dijo que hiciera lo que quisiera. Y ¿sabe usted lo que contestó Fanny? Que los Amberson habían comprado el perro, que no puede uno hacerse con uno igual sin pagar, ¡y que cuestan de cincuenta a cien dólares, y aun más! Me preguntaba Aleck si había oído de alguien que hubiera comprado en su vida un perro, porque hasta cuando se trata de un Terranova, o de un Setter, no es difícil encontrar quien lo regale. Dijo que más sentido común tiene dar diez centavos, o hasta veinticinco, a un negro para que se lleve a un perro, que sacarse del bolsillo cincuenta dólares y aun más para comprarlo. Yo creí que se ahogaba allí, en mi mismo despacho. Claro es que todos sabemos que el comandante es un gran hombre de negocios, pero si empieza a despilfarrar su dinero comprando perros y qué sé yo, hay quien dice que pronto se va a ver Dios sabe cómo.

Cierto ciudadano, después de haber hablado de esta o parecida manera al forastero de turno, calló unos instantes, como si pensara, y luego añadió:

—Desde luego que parece la cosa un despilfarro, pero ¿sabe usted lo que le digo? Que cuando sale Miss Isabel con su perro y lo mira uno, da la sensación de que verdaderamente vale el dinero que ha costado.

—¿Qué tal es ella?

—Verá usted —respondió el ciudadano—, no tiene más que dieciocho o diecinueve años, y no sé cómo decirlo, pero es..., es una muchacha deliciosa.